

ESTUDIO SEGUNDO.

PRIMERA PARTE.

DESDE CONSTANTINO HASTA VALENTINIANO Y VALENTE.

AL principiar * el segundo estudio entramos en la unidad del asunto; y no me veo ya obligado á separar los tres hechos de las naciones paganas, cristianas y bárbaras: estas últimas, ó establecidas en el mundo romano, ó preparando en el exterior la invasión decisiva, se habían inclinado ya en la época á que me refiero á las costumbres y á la nueva religion del imperio.

Por otra parte, el Cristianismo se ha vestido la púrpura, y su causa no es ya la de una secta escluida de las masas populares; su historia es la historia del Estado. Aunque la mayoría de las poblaciones sometidas á la dominación de Roma siguió y se mantuvo aun mucho tiempo en el paganismo, el poder y la ley se hicieron cristianos.

Descubrense nuevos intereses, y personajes de una especie desconocida hasta entonces. Desde el reinado de Nerón hasta el de Constantino, las disensiones religiosas no habían tenido entre los fieles sino el carácter de disputas domésticas despreciadas ó contenidas por la autoridad; mas luego que el hijo de Santa Helena hubo levantado el estandarte de la cruz, los cismas se trocaron en querrelas públicas; y cuando espiraron las persecuciones del paganismo, tuvieron principio las de las herejías. Apenas había empuñado Constantino las riendas del gobierno cuando Arrio sembró la división en la Iglesia.

Con Arrio se presentaron en el palenque aquellos excelentes obispos educados en las escuelas de Antioquía, de Alejandria y de Atenas: los Alejandros, los Atanasios, los Gregorios, los Basilio y Crisóstomos, los cuales, renovando la filosofía, la elocuencia y la literatura, libertaron el entendimiento humano de las antiguas trabas, y le sacaron del camino de la rutina, por el que tanto tiempo había marchado bajo el dominio de los antiguos talentos, y de una religion caída. Los padres de la Iglesia latina, San Paulino, San Hilario, San Gerónimo, San Ambrosio y San Agustín, produjeron en Occidente la misma transformación.

Los discursos y acciones de estos sacerdotes llamaban la principal atención del gobierno, y no alcanzaron ya los generales y los ministros, mas que un interés y una nombradía de segundo orden. Los concilios reemplazaron á los consejos, ó por mejor decir, fueron los verdaderos consejos del soberano que se apasionó de las verdades ó de los errores que muchas veces no comprendía. El mundo pagano procuraba luchar con sus rancias fábulas, y los sistemas desacreditados de sus sabios contra un siglo que le arrastraba en pos de sí.

El Cristianismo había tenido que sufrir las persecuciones del paganismo; y trocados ahora los papeles el Cristianismo proscribía á su vez al paganismo. Pero estudiamos la diferencia de los principios y de los hombres.

Los paganos no defendieron obstinadamente su culto ni corrieron al martirio como los cristianos; ¿Por qué? Porque el politeísmo era á la vez la idea falsa y la idea decrépita que sucumbía bajo la idea verdadera y rejuvenecida de la unidad de Dios. La antigua sociedad no encontró pues para defenderse la energía con que contó la nueva sociedad para atacar.

Hasta entonces los movimientos del mundo civili-

* CONSTANTINO, EMP. MARCELO, EUSEBIO, MELQUIADES, SILVESTRE, MARCO, JULIO I, PAPAS, DE 307.—357.

zados habían sido producidos por las impulsiones de un culto corporal, las reclamaciones de la libertad y las usurpaciones del poder: finalmente por las pasiones políticas ó guerreras: un nuevo orden de hechos se desarrolla, y ármense únicamente los hombres en defensa de las verdades ó de los errores del entendimiento. Esas sutilezas metafísicas, que son y serán siempre oscuras y que tanta sangre costaron no por eso dejan de suministrar la prueba del progreso inmenso de la especie humana. Cuanto mas se aleja el hombre del hombre material para concentrarse en el hombre inteligente, tanto mas se aproxima al objeto de su existencia; y sino perdiese algunas veces el valor físico y la virtud moral al desarrollar su naturaleza divina, llegaría con menos lentitud á la perfección á que es llamado.

Con Constantino se formó la Iglesia propiamente dicha. Entonces nació esa monarquía religiosa que tendiendo á concertarse bajo un solo jefe tuvo sus leyes particulares y generales, sus concilios ecuménicos y provinciales, su gerarquía, sus dignidades, sus dos grandes divisiones del clero regular y secular, sus propiedades regidas en virtud de un derecho distinto del derecho comun; mientras los obispos que honrados por los príncipes, amados de los pueblos, y elevados á los mas altos empleos políticos, reemplazaban igualmente á los magistrados inferiores en las funciones municipales y administrativas, intervenían por medio de los sacramentos en los principales actos de la vida civil, y se convertían en legisladores y guías de las naciones.

Notemos dos cosas poco observadas, que nos explicarán la manera con que el Cristianismo logró dominar á la sociedad entera, pueblos y reyes:

La Iglesia se constituyó en monarquía (electiva y representativa), y la comunidad cristiana en república: todo era obediencia y distinción de clases en la una, aunque el jefe supremo se eligiese siempre entre los individuos del pueblo; todo era libertad é igualdad en la otra. Originábase de aquí la doble influencia del clero que por una parte convenía á los grandes por sus doctrinas de poder y de subordinación, y por otra satisfacía al vulgo por sus principios de independencia y nivelamiento evangélico: de aquí dimanaba también su lenguaje contradictorio sin dejar de ser sincero; el sacerdote era cerca de los soberanos el tribuno de la república cristiana, les recordaba los derechos iguales de los hijos de Adán, y la preferencia que el Redentor de todos concedía á los pobres y á los desventurados sobre los ricos y los felices; este mismo sacerdote era para con el pueblo el mandatario de la monarquía de la Iglesia, predicando la sumisión y mandando dar al César lo que es del César. Jamás se altera la sociedad religiosa sin que cambie la sociedad política, ya he dicho como la elección de los emperadores pasó de los campamentos al palacio. Las revoluciones se concentraron en el hogar imperial: rara vez las insurrecciones y la ambición militar encendieron ya las guerras civiles, sino que nacieron estas de las disensiones de la familia reinante, como acontece en los imperios despóticos de Oriente.

En el reinado de Constantino apareció con el establecimiento de la Iglesia esa especie de aristocracia, al modo moderno, que no reemplazó jamás en el imperio al patriciado á que Roma debió su primera libertad. Constantino multiplicó, si es que no los inventó, los títulos de nobilísimo, clarísimo, de ilustré, de duque, de conde, (en el sentido honorífico de las dos últimas palabras) Estos títulos con los de baron y marqués, de origen puramente bárbaro, han pasado á la nobleza de nuestros tiempos. Así en la época de que hablamos, se preparó una transfusión de elementos; y al primer altar de Constantinopla, altar que fue cristiano, uniéndose uno de los primeros eslabones de la cadena de la nueva sociedad. Si las creaciones políti-

cas de Constantino no fueron efecto inmediato del Cristianismo, fueron al menos su efecto intermedio. Todo tiende á nivelarse en la ciudad: no es posible progresar sobre un punto dejando atrás los otros, porque las ideas de la sociedad han de ser análogas, ó la sociedad ha de disorverse.

Las instituciones de la antigua patria morían, pues, con el viejo culto. El paganismo desde la desaparición de la edad religiosa y de la edad heroica, rara vez se había mezclado en la política: santificaba ciertos actos de la vida del ciudadano; protegía los sepulcros, precedía á la denuncia del juramento, consultaba al cielo por lo que toca al éxito de una empresa, honraba al emperador mientras vivía, le ofrecía libaciones, le inmolaba víctimas, coronaba sus estatuas, y después de muerto le admitía en el rango de los dioses; á esto se limitaba poco mas ó menos la acción del paganismo. Los adivinos, astrólogos y mágicos, que habían venido de Oriente, añadieron algunas bellequerías á las mentiras de los oráculos regulares.

Mas con el ministro cristiano se introdujo aquella especie de poder nacional que los brahmanes de la India, los magos de Persia, los druidas de las Galias, los sacerdotes caldeos, judíos, egipcios, que servían todos á una religion mas ó menos alegórica y mística, habían ejercido en otro tiempo. El santuario produjo una reacción en las ideas del poder en razon de la mayor ó menor inmaterialidad del dios y de su mayor aproximación á la verdad religiosa. La idolatría había servido mal y no hubiera producido nunca la especie de aristocracia que patrocinó Constantino; así es que cuando Juliano intentó volver al politeísmo desdeñó los títulos y el nuevo régimen de la corte. Después del reinado de este príncipe, solo se descubre la aristocracia recientemente inventada, que logró sostenerse porque se estableció el orden eclesiástico de que emanaba: los restos de la antigua aristocracia desaparecieron, porque los recuerdos no sobrepujan á las costumbres, y vamos á dar la prueba de esto.

Constantino había formado en su segunda Roma un patricio á imitación del cuerpo famoso que inmortalizaron tantos grandes ciudadanos. Aquella nobleza resucitada adquirió tan poca consideración, que casi causaba rubor formar parte de ella; en vano se propusieron sostener con pensiones (1) su pobreza, y disfrazar su aparición del día anterior con el lenguaje de los trajes, usanzas y costumbres del tiempo pasado: los privilegios no son antecesores, ni es posible al hombre disminuir ni aumentar los días que cuenta. Los senadores de Constantino quedaron sepultados bajo el nombre antiguo y brillante de *Patres conscripti* con que se ultrajaba su reciente oscuridad.

Abrazando el Cristianismo, fundando la Iglesia, fijando los Bárbaros en el imperio y estableciendo una titulada gerarquía, Constantino engendró verdaderamente la edad media (2), cuyo nacimiento han fijado, como dejo insinuado, cinco siglos demasiado tarde.

Este príncipe no subió el Capitolio después de su victoria sobre Majencio, y pareció repudiar juntamente con los dioses la gloria de la ciudad eterna. Publicó un edicto favorable á los cristianos, y mas tarde un segundo decreto para los confesores y mártires: concedió inmunidades y rentas á las iglesias, y privilegios á los sacerdotes: no hizo á los papas la donación inventada en el siglo vin por Isidoro; pero les cedió el palacio de Letran, palacio de la emperatriz Fausta, y en él construyó el edificio conocido con el nombre de Basílica de Constantino (3).

Prohibióse el suplicio de la cruz (4), y se hizo consuetudinaria la vacación del domingo (5), y quizás también la santificación del sábado ó del viernes (6). Dendónó la idolatría, dejando empero á los idolátras la libertad del culto; á pesar de esto varios templos fueron despojados y otros demolidos (7). Helena der-

rocó en Jesuralem el simulacro de Venus, descubrió el Santo Sepulcro y la verdadera Cruz edificó la iglesia de la Resurrección, la de la Ascension en el monte de los Olivos, y la del pesebre en Belen. Eutropia, madre de la emperatriz Fausta substituyó con un oratorio cristiano, el altar profano que había en la encina de Mambré. Constantina, Mayuma, escala ó puerta de Gaza, y otras ciudades y pueblos, abrazaron la religion de Cristo (8). ¿No parece que entramos en el mundo moderno, al reconocer los sitios y los nombres con que se hallan familiarizados nuestros ojos y nuestra memoria?

Las leyes de Constantino restituyeron la libertad á los que yacían contra su derecho en la esclavitud (9), permitiendo la manumisión en la iglesia ante el pueblo con el solo testimonio de un obispo (10): los clérigos mismos tenían el poder de dar libertad á sus esclavos por testamento, ó por concesión verbal, lo cual hubiera bastado á no ser que los desórdenes de los tiempos, para manumitir de un golpe una parte considerable de la especie humana. Otras leyes prohiben las concubinas á los casados (11), ordenan la salubridad de las cárceles, prohíben los calabozos (12), exceptúan de la confiscación de los bienes la parte dada á las mujeres y á los hijos antes del delito de los maridos y de los padres, y proscriben los actos infames y los combates de gladiadoras (13). Estos diferentes reglamentos no surtieron un efecto inmediato y completo, pero marcan los primeros instantes del establecimiento legal del Cristianismo por la condenación de la idolatría, de la esclavitud, de la prostitución y del asesinato.

Constantino hubo también de ocuparse de las herejías: anatematizó en Arlés la de los donatistas nacida en Occidente: en Oriente la de Arrio y exigió la convocación del primer concilio ecuménico. Las cuestiones teológicas interesan poco en el día (14); pero el concilio de Nicea es un acontecimiento importante en la historia de la especie humana. Túvose entonces la primera idea, y se vió el primer ejemplo, de una sociedad que existía en distintos climas, entre las leyes locales y privadas, y no obstante independiente de los príncipes y de las sociedades bajo las cuales y en las cuales residía: pueblo que formaba parte de los demás pueblos, y que sin embargo vivía aislado en medio de ellos, enviaba diputados de todos los extremos del universo á tratar de los negocios que concernían tan solo á su vida moral y á sus relaciones con Dios. ¿Cuántos derechos tácitamente reconocidos por este quebrantamiento de los sellos del poder sobre la voluntad y sobre el pensamiento!

Por vez primera, también desde el tiempo de Moisés, emancipador del hombre en medio de las naciones esclavas de la ignorancia y de la fuerza, se renovó la manifestación divina del Sinai: como en torno del campamento de los Hebreos, veíanse de pie los ídolos alrededor del concilio de Nicea, cuando los intérpretes de la Nueva Ley proclamaron la verdad suprema del mundo: la existencia y la unidad de Dios. Desvaneciéronse las fábulas de los sacerdotes que habían ocultado el principio vivo, y los misterios con que los filósofos lo habían envuelto; la Cruz de Cristo desgarró el velo del santuario, y el hombre vió á Dios cara á cara. Entonces se compuso ese símbolo que los cristianos repiten hace ya quince siglos en toda la superficie del globo; símbolo que explicaba aquel de que los apóstoles y sus discípulos se servían como de santo y seña para reconocerse. Comparándolos, se observan los progresos del tiempo y la introducción de la elevada metafísica religiosa en la sencillez de la fe.

«Creemos en un solo Dios, padre todo poderoso, criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado por el padre; es decir, de la sustancia del padre

Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios del verdadero Dios, engendrado, y no hecho consustancial al Padre, que ha creado todas las cosas en el cielo y en la tierra.... Creemos en el Espíritu Santo.» (15).

El concilio de Nicea creó estas inmensas mudanzas: proclamó la unidad de Dios, y fijó las ideas probables: de la doctrina de Platon. Constantino en una arenga á los Padres del concilio, declaró y aprobó los principios admitidos por aquel filósofo: un primer Dios, supremo origen de un segundo: dos esencias iguales en perfecciones; mas la una debe su existencia á la otra, y la segunda ejecuta las órdenes de la primera. Las dos esencias son una sola: la una es la razon de la otra; y siendo esta razon Dios, es tambien Hijo de Dios (16).

¿Y quienes eran los miembros de esta convencion universal reunida para reconocer al monarca eterno y á su eterna ciudad? Héroe del martirio, ingenios doctos ú hombres todavia mas sabios por la ignorancia del corazón y la sencillez de la virtud. Espiridion, obispo de Trimitonta, guardaba ganado y poseia el don de los milagros (17): Jacobo, obispo de Ninibe, vivia en las altas montañas, pasaba el invierno en una caverna, se alimentaba con frutas silvestres, vestia una túnica de piel de cabra, y predecia lo venidero (18). Entre los trescientos diez y ocho obispos acompañados de sacerdotes, diáconos y acólitos, se veian veteranos mutilados en la última persecucion: Pafnucio de la alta Tebaida, discípulo de San Antonio, tenia el ojo derecho rebentado, y cortado el jarrete de la pierna izquierda (19): Pablo de Neocesárea, las dos manos quemadas (20): Leoncio de Cesárea, Tomás de Cizica, Marino de Troade y Eutero de Esmirna, procuraban ocultar sus heridas sin reclamar la parte de gloria que les correspondia por haberlas recibido. Todos estos soldados de un mismo é inmenso ejército, nunca se habian visto; y habian peleado sin conocerse, en la accion general, bajo todos los puntos del cielo, y por la misma fe.

Entre los heresiarcas se distinguian Eusebio de Nicomedia, Theognis de Nicea, Maris de Calcedonia, y el mismo Arrio llamado á dar cuenta de su doctrina ante Atanasio, que entonces no era sino un simple diácono agregado á Alejandro, obispo de Alejandría.

Varios filósofos paganos acudieron presurosos á este grande asalto de la inteligencia. Acabamos de ver que el mismo Constantino, en su arenga, manifestó sus ideas sobre la doctrina de Platon. Un anciano lego, ignorante y confesor, atacó á uno de aquellos filósofos, fastuosos y le explicó todo el Cristianismo en breves palabras: «Filósofo, en nombre de Jesucristo, escucha: solo hay un Dios que todo lo ha criado por medio de su Verbo, y fortalecido con su espíritu. Ese Verbo es el Hijo de Dios que se ha compadecido de nuestra vida material, y ha querido nacer de una mujer, visitar á los hombres, y morir por ellos. Vendrá á juzgarnos segun nuestras obras.» (21)

Constantino abrió en persona el concilio el 19 de junio el año 325. Vestia un manto de púrpura adornado con piedras preciosas, y se presentó sin guardias, acompañado tan solo de algunos cristianos: no se sentó en un trono pequeño de oro que habia en el extremo de la sala, sino despues de haber ordenado á los padres que se habian levantado al verle entrar, que ocuparan sus sillas. Pronunció una arenga en latin, su lengua natural y del imperio, que fue explicada en griego. El concilio condenó la doctrina de Arrio á pesar de una viva oposicion; promulgó veinte cánones de disciplina, y terminó sus sesiones el 25 de agosto del próximo año (325).

Trasladémonos en alas de la imaginacion al antiguo mundo para formarnos una idea de las sensaciones que experimentaríamos cuando entre el extruendo de los himnos obscenos, pueriles ó absurdos á Venus, Baco, Mercurio y Cibeles, escuchó voces graves que

cantaban al pie de un altar nuevo: «¡Oh Dios, te alabamos! ¡Oh señor, confesamos tu existencia! ¡Oh Padre Eterno, toda la tierra te venera!» Las preces latinas, compuestas por los soldados, no eran menos explicitas que el himno de San Ambrosio y de San Agustin (22).

El espíritu humano se desprendió de las mantillas en que estaba envuelto; y la elevada civilizacion, la civilizacion intelectual que salió del concilio de Nicea, no decayó ya, ni brilló con menor esplendor. El simple catecismo de nuestros niños encierra una filosofía mas sabia y mas sublime que la de Platon. La unidad de Dios es ya en el día una creencia popular; y de esta sola verdad reconocida, data una revolucion radical en la legislacion europea, largo tiempo violada por el politeísmo que establecia una mentira por fundamento del edificio social.

¡Sin embargo tanta es la dificultad de contenerse en las regiones de la pura inteligencia! Mientras el politeísmo y la religion corporal tendian á salir de las naciones, entraban de nuevo en ellas por una doble senda: los filósofos, para hacerse accesibles al vulgo inventaban los *genios*, y los cristianos, para envolver en signos sensibles el alto espiritualismo honraban los santos y las reliquias.

Se ha conservado el catálogo de los prelados que llevaron los decretos del concilio á las diferentes iglesias (23). Los Germanos y los Godos profesaban la fe; Frumencio la habia sembrado en Etiopia; una mujer esclava la habia enseñado á los Iberianos, y unos mercaderes de Osroeme á la Persia. Tridotes, rey de Armenia, profesó el Cristianismo antes que los emperadores romanos.

Por lo demás, Constantino intervino demasiado en las contiendas religiosas á que le arrastraron varias mujeres de su familia, y las importunidades de los obispos de ambos partidos. Despues de haber desterrado á Arrio le volvió á llamar y desterró á Atanasio, que fue sucesor de Alejandro en la sede de Alejandría. Arrio espiró súbitamente en Constantinopla vomitando las entrañas, en el momento que Eusebio de Nicomedia se esforzaba en conducirlo triunfante (24). El anciano obispo Alejandro habia pedido á Dios su propia muerte ó la del heresiarca, segun fuese mas útil á la manifestacion de la verdad (25).

Constantino derrotó sucesivamente á los Sármatas y á los Godos, y recibió diputaciones de los Blemmios, de los Indios, de los Etiopes y de los Pérsas. Declaróse auxiliar de los Sármatas en una guerra que aquellos tuvieron que sostener contra los Godos, y despues contra nueva alianza con los últimos que se obligaron á suministrarle cuarenta mil soldados llamados *federati*, aliados (26). Los Sármatas habian armado á sus esclavos, y habiendo sido expulsados por estos mismos esclavos pidieron y obtubieron tierras en el imperio (27).

Sapor II, sentado á la sazón en el trono de Persia, tenia un nombre fatal á los emperadores romanos. Su padre Hormisdas II, dejó al morir preñada á su esposa: los magos declararon que daría á luz un hijo; pusieron tierra sobre el vientre de la reina, y el monarca en embrión, Sapor, fue coronado en las entrañas de su madre (28). Constantino escribió á este príncipe una carta en favor de los cristianos, recordándole la catástrofe de Valeriano, castigado por haberlos perseguido. Sapor debió acordarse de esta carta cuando Juliano marchó contra sus huestes: el monarca de los Pérsas tenia un hermano mayor desterrado, llamado Hormisdas, á quien encontraremos en Roma.

Constantino, feliz en clase de monarca, no se libró de la desgracia como hombre. Las calamidades que afligieron á la familia del primer agosto pagano, parecieron reproducirse en la familia del primer agosto cristiano.

De Minervina su primera mujer tuvo Constantino

á Crispo, príncipe en quien brillaban el valor y la belleza, educado por Lactancio. Ya fuera que el hijo de Minervina inspirase una pasión á Fausta, su madrastra, ó que esta tuviese envidia por sus propios hijos de las grandes cualidades de Crispo, le acusó delante de su marido (29), y renovó la trágica aventura de Fedra. Constantino mandó quitar la vida á su hijo, como tambien al joven Licinio su sobrino, de edad de once años: cortaron la cabeza á Crispo en Polo de Istria (30). Enterado luego por su madre Helena de la inocencia de Crispo, y de las costumbres depravadas de Fausta, ordenó Constantino la muerte de esta mujer, que fue ahogada en un baño de agua caliente (31). Los cristianos y los gentiles formaron juicios encontrados sobre estas acciones: San Crisóstomo deduce de ellas que no debemos desear el poder, ni apetecer mas felicidad que la de la virtud y del cielo (32): el filósofo Sopatro, consultado por Constantino segun Zosimo, declaró que la religion de los griegos no tenia expiaciones para semejantes crímenes (33); y sin embargo, la idolatría habia encontrado dioses indulgentes para Neron y Tiberio.

¿Es cierto que Constantino se arrepintió, que pasó cuarenta dias llorando, que levantó á Crispo una estatua de plata con cabeza de oro, y con esta inscripcion: «A mi hijo desventurado, pero inocente?» (34) La autoridad en que se apoya este hecho es sospechosa. Dios no pedía á Constantino una estatua de Crispo; exigióle el resto de su familia.

Constantino no recibió el bautismo sino algunos momentos antes de su muerte en Aqueron, cerca de Nicomedia: habia manifestado deseos de bautizarse en las aguas del Jordan como Cristo; pero le faltó el tiempo. Despojado del ropaje de púrpura para dejar los reinos de la tierra, y revestidos del ropaje blanco para solicitar las grandezas del cielo, el primer emperador cristiano espiró en medio del día de pascua de Pentecostés. Trescientos treinta y siete años habian trascurrido desde que la religion cristiana habia nacido entre pastores en un pesebre: Constantino la dejaba encubierta sobre el solio del mundo de que no necesitaba.

*Constantino habia tenido tres hermanos de padre por parte de Teodora, muera de Maximiano-Hércules, á saber: Dalmacio, Julio-Constantino y Anibaliano.

Dalmacio murió, y dejó un hijo que llevaba su mismo nombre, elevado á César, y otro hijo, Claudio Anibaliano, nombrado rey del Ponto y de la Armenia.

Julio-Constantino tuvo de Gala, y de Basolina, su segunda mujer, á Juliano. Ignórase la posteridad de Anibaliano, ó mejor dicho, no se sabe cosa alguna con exactitud.

Los hermanos, sobrinos y principales oficiales de Constantino, fueron asesinados despues de su muerte á excepcion de los dos hijos de Julio-Constantino.

No se han explicado claramente las causas de esta conspiracion espontánea del ejército y del palacio, que por nada habia sido presagiada; y es con justa razon sospechosa la autenticidad del escrito póstumo de Constantino, en el cual declaraba á sus tres hijos que le habian envenenado sus dos hermanos. ¡Inmortal Constantino al furor de su ambicion á sus dos tíos, á siete de sus primos, al patricio Optato y al prefecto Ablario? Pero aun le quedaban á Constantino otros hermanos, que no estaban entonces en su poder. Juliano, San Atanasio, San Gerónimo, Zosimo, Sócrates, cuyas opiniones son tan encontradas se reunen sin embargo para infamar su memoria (35). Es probable que tales asesinatos fueron el fruto de diferentes pasiones combinadas con la política del despota, que enseña á buscar el reposo en el crimen. El paganismo, la herejía, y la turbulencia militar, hallaron satisfacciones y venganzas en aquel exterminio de la familia imperial.

* CONSTANCIO, EMP. JULIO I, LIBERIO, PAPAS, DE 361.—361.

El imperio quedó dividido entre los tres hijos de Constantino: Constantino, Constantio y Constante. Constantino y Constante empuñaron las armas el uno contra el otro: Constantino sucumbió cerca de Aquileia en la primera campaña (36): Constante, dueño único del Occidente fue atacado por los Francos; y Libanio nos ha dejado acerca de esta guerra varios pormenores sobre las costumbres y el carácter de nuestros antepasados (37).

Magnencio, bárbaro de origen, y jefe de los Jovianos y de los Herculanos, saludado Augusto por sus amigos, obligó á Constante á emprender la fuga, y le mandó asesinar al pie de los Pirineos. Este príncipe no halló sino un solo hombre que quisiese asociarse á su mala fortuna, el cual era un franco llamado Laniogaise (38), mas fiel al infortunio de los reyes que á su autoridad.

El único hijo de Constantino que quedó entonces, llamado Constantio, despues de haber combatido flojamente contra los Pérsas, despojado á Vetranion, usurpador de la púrpura en Hirsia, y rehusado tratar con Magnencio, venció á este en Murza (39), y le redujo luego al extremo de quitarse la vida.

Habiase cometido una falta antes de obtener este triunfo, la cual manifiesta el grado de debilidad y de miseria en que habia caído ya el imperio: detenido Constantio en Oriente por asuntos graves, cuando supo la rebelion de las Galias invitó á los Alemanes á pasar el Rhin para que contuviesen la fuerza de Magnencio. Obedecieron los Alemanes, y ocuparon su terreno de treinta leguas á lo largo del Rhin, desde el nacimiento del rio hasta su embocadura, sin contar las tierras que asolaban con sus rapiñas.

Los panegiristas afirman que Constantio heredero de todos los Estados de su padre, usó bien de su victoria; y los historiadores aseguran que no supo conllevar su fortuna. Durante estas discordias, vióse á los capitanes y cuerpos francos servir á diferentes partidos, algunos obispos ir de un campamento á otro en calidad de embajadores, y en la batalla de Murza el emperador se retiró á un templo á orar, mejor hubiera hecho en combatir, que no era aquel ya el mundo antiguo.

Fíjase en el reinado de Constantio el dominio de los eunucos, abismados hasta entonces bajo el peso de los edictos. Aquellos hombres (excepto tres ó cuatro que estaban dotados de ingenio militar), blanco del menosprecio público; se refugiaron en las sentinas de palacio; demasiado envilecidos para encubrirse á los negocios públicos, sumergiéronse en las intrigas de la corte, y se indemnizaron por la virilidad de sus vicios de la importancia de sus virtudes. Eusebio, eunuco, camarero y favorito de Constantio, en su triple estado de baja, mandó pronunciar la sentencia de muerte contra Galo.

Galo, y Juliano, sobrinos de Constantino y primos de Constantio, rayaban el primero en los doce años, y el segundo en los seis, cuando se verificó el asesinato de la familia imperial. Marco, obispo de Aretusa, habia salvado á Juliano, ocultándolo en el santuario de un iglesia (40): á Galo dejáronle por enfermo y próximo á morir, pues no parecia merecer la pena de que le quitasen la vida.

La infancia de estos dos príncipes estuvo rodeada constantemente de sospechas y peligros. Permanecieron seis años encerrados en la fortaleza de Marcellum, antiguo palacio de los reyes de Capadocia. Galo, honrado á los veinte y cinco años con el título de César por Constantio, se casó con la princesa Constantina, hija de Constantino el Grande y viuda de Anibaliano, rey del Ponto y de la Armenia. Estableció su residencia en Antioquia, y desde este punto gobernó lo que entonces llamaban las cinco diócesis de la prefectura oriental.

Galo, al pasar de la soledad al poder, llevó consigo

la inquietud y el espíritu salvaje de la primera, unido á la apacibilidad y moderación necesarias al ejercicio del segundo, convirtiéndose en un tirano bajo y cruel. entregado á los espías y ejercitando por sí mismo el espionaje. Iba disfrazado á los sitios públicos, y su disfraz no estorbaba que le reconociesen, porque, Antioquia estaba iluminada de noche con tanta cantidad de luces que se veían los objetos como en el lleno del día (41), circunstancia que nos recuerda la policía de las ciudades modernas. La sed de sangre y de rapiñas atormentaban aun mas á Constantina, esposa de Galo, á la que acusaban de tomar en secreto el título de *Augusta* (42), con la intención de dar públicamente el de Augusto á su marido.

Llamado á la corte de Milan despues del asesinato de los dos ministros que le habia enviado el emperador, cometió Galo la imprudencia de obedecer (43). La carta de llamamiento estaba llena de protestas de amistad y de ofertas. Prendieron en Peltau y le condujeron á Flona de Istioia y habiéndole despojado del calzado de los Césares, procedió al interrogatorio el eunuco Eusebio, y le condujeron á muerte: fue ejecutado cerca de Pola donde veinte y ocho años antes habia sido decapitado Crispo (44). ¡Cuántas cabezas, terror de los pueblos, fueron segadas por el verdugo! (45).

Los Isauros y los Sarracenos assolaban el Asia (46); los Francos y los demás germanos continuaban sus correrías transrinianas, y Roma se sublevaba por el vino en medio de sus desórdenes y sus espectáculos (47). Como Constantino y Constancio eran apasionados en extremo á los Bárbaros, y los habian encumbrado á casi todos los cargos del Estado, sucedió que Silvano, hijo de Bonito, jefe franco, mandaba la infantería romana en las Galias: era un hombre apacible y de suaves costumbres, aunque hijo de un padre bárbaro, y sabia tambien sufrir, segun dice la historia al hablar de sus cualidades. Acusaronle de haber aspirado á la púrpura, cuando permanecia fiel; la calumnia le convirtió en traidor, y se apoderó del imperio como para escudarse. Veinte y ocho dias despues de su usurpacion, obligado á buscar asilo mas seguro, no tuvo tiempo para entrar en él, y le privaron de la existencia sus compañeros cuando intentaba refugiarse en una iglesia (48).

Entonces los Francos, los Alemanes y los Sajones, se precipitaron de nuevo sobre las Galias, saquearon cuarenta ciudades en la orilla del Rin; y habiéndose apoderado de Colonia, la arruinaron (49). Los Cuados y los Sármatas assolaban la Pannonia y la Alta Mesia (50), y los generales de Sapor perturbaban la Mesopotamia y la Armenia: tal fue la época de elevación de Juliano.

Hasta la edad de quince años recibió Juliano la primera educación de Eusebio, obispo de Nicomedia, que manejaba en la corte la intriga arriana y del eunuco Mardonio, personaje grave, escita de nacion y grande admirador de Hesiodo y de Homero. El futuro apóstata se vió reunido despues con Galo en la fortaleza de Marcellum; aprendió desde muy temprano á reprimirse, y pareció aficionarse á las verdades de la fe. Cuando Galo fue nombrado César, Juliano obtuvo el permiso de seguir sus estudios en Constantinopla, bajo la vigilancia de Herebolo, cristiano primero é infiel despues con su discípulo, y vuelto por último al Cristianismo despues de la muerte de Juliano (51). Este príncipe visitó las escuelas de la Jonia: Constancio mismo favorecia los estudios de su primo, con la esperanza de que los libros le harian olvidar el imperio; mas la superioridad del estudiante, aun en la literatura, no tardó en alamarle.

Despues de la muerte de Galo, Juliano fue conducido á Milan, estrechamente custodiado durante siete meses, y desterrado por fin á Atenas. Allí encontró un tanto con San Basilio y San Gregorio de Nizian-

zo, una multitud de retóricos que acabaron de atraerle á sus doctrinas, y tomó todo el porte de un filósofo. Siendo universal su instrucción, igualaba su memoria á su inteligencia; pensaba y escribía en griego, mas tambien se servía del latín (52). Habiendo asolado las Galias los Francos y los Alemanes, la emperatriz Eusebia decidió á Constancio á crear César á Juliano para oponerle á los Bárbaros. El discípulo de Platon recibió la carta que le llamaba al mando supremo como una sentencia de muerte; alzó las manos hácia aquel templo cuyas ruinas admirables parecen haberse conservado únicamente para atestiguar la belleza de la antigua libertad griega, á la libertad que renace. Juliano subió á la ciudadela, abrazó las columnas del Partenon, las regó con sus lágrimas, é imploró la protección de la diosa. Alejóse en seguida de la inmortal ciudad, donde algunos declamadores y sofistas hollaban las cenizas de Demóstenes y de Sócrates, pero donde todavía reinaba Minerva por medio del genio de Fidas y de Piricles.

Llegado á Milan escribió estas palabras á la emperatriz: «¡Ojalá tengas hijos! Concédete Dios esa felicidad y otras prosperidades; pero en nombre del cielo te conjuro, déjame regresar á mis hogares.» (53). Así llamaba Juliano á la Grecia. Escrito el billete no se atrevió á enviarlo, detenido segun dijo por las amenazas de los dioses; porque el apóstata tomó la voz de la ambición por una orden del cielo.

Los oficiales de palacio se apoderaron del estudiante de Atenas, le despojaron del manto y de la barba de filósofo, y lo vistieron el traje militar. El mismo nos ha pintado su torpeza en el nuevo atavío, su embarazo en la corte y las burlas de los eunucos (54). La última parte de la educación de Juliano habia sido popular, asistía al curso de los retóricos en Constantinopla como los demás, y mezclándose en las costumbres públicas adquirió conocimientos que faltan generalmente á la instrucción de los príncipes.

El sexto día de noviembre del año de Jesucristo 333, habiendo reunido Constancio en Milan las legiones proclamó César á Juliano. El huérfano, cubierto con la púrpura y en medio de los asesinos de su familia, repetía en voz baja un verso de Homero: «Arrebatáronle la muerte *oculta bajo la púrpura* y su invencible destino.»

Despues de haberse casado con Helena, hermana del emperador, marchó Juliano á su gobierno de las Galias, al que se habia añadido la Gran Bretaña y quizás la España (55). Eusebia le dió libros, que habian de ser sus consejeros: Constancio le dió criados, para ser sus dueños (56). Sujeto á una celosa tutela, no podia tomar por sí una resolución interior, una orden, ni mudar un criado: todo estaba arreglado en el interior de su palacio al tenor de las órdenes de Constancio, hasta los manjares de la mesa: no llegaba á sus manos una sola carta sin haber sido leida antes, y se le privaba de la compañía de sus amigos por el temor de comprometerlos y exponerse á su propia ruina. Apenas habian puesto á su disposición algunos soldados (57). Su único consuelo al entrar en el país saqueado y confiado á su inexperiencia, fue encontrar una mujer anciana y ciega que le saludó con el nombre de restaurador de los templos (58).

Durante los cinco años que gobernó Juliano las Galias corrió de una ciudad á otra, de Cutun á Cuxerre de Cuxerre á Troyes, de Troyes á Colonia, de Colonia á Tréveris, de Tréveris á Lion: estuvo sitiado en la ciudad de Sens, pasó el Rin cinco veces, ganó la batalla de Estrasburgo á los Clemanes, hizo prisionero á Chrodmairo, el mas poderoso de sus reyes, estableció las ciudades, castigó á los exatores, disminuyó los impuestos, y finalmente (lo que mas nos interesa por los vínculos de la sangre), sometió á los Camaros y á los Franco-sálicos: aquí comenzamos á vivir con los Francos en medio de la futura Francia. Juliano ha-

bia escrito sus guerras de las Galias: su obra, que colocaban al lado de los *Comentarios de César*, se ha perdido desgraciadamente; hubiera arrojado una luz muy viva sobre la oscura historia de nuestros abuelos en el cuarto siglo.

Juliano pasó por lo menos en Lutecia los dos inviernos de 358 y de 359. Amaba aquella especie de villa á la que daba el nombre de querida Lutecia (59) y donde habia reunido, en cuanto se lo permitian sus empresas militares, á varios sabios y filósofos. Oribases el médico, de quien nos quedan algunos escritos, redactó allí su *Compendio de Galeno*: esta es la primera obra publicada en una ciudad que habia de enriquecer la literatura con tantas obras clásicas.

Complacémonos en buscar el origen de las grandes ciudades, como en remontarnos á la fuente de los rios caudalosos: no dejara de causar placer el leer el propio texto de Juliano.

«Hallábame durante un invierno en mi querida Lutecia (60) (que así se llama en las Galias la ciudad de los Parisios), la cual ocupa una isla en medio de un rio, uniéndose á sus orillas por medio de puentes de madera. Rara vez crece ó mengua el rio; tal como se vé en el estío permanece en el invierno, y se bebe con gusto el agua purísima y de risueño aspecto (61). Como los Parisios viven en una isla, seriales difícil procurarse otra agua. La temperatura en invierno es poco rigurosa, á causa, segun dicen las gentes del país, del calor del Océano, que no distando mas de novecientos estadios, envía á Lutecia un aire tibio: el agua del mar es en efecto menos fría que el agua dulce. Por esta razon, ó por otras que ignoro, sucede así (62) El invierno es pues muy suave para los habitantes de aquella tierra: produce el suelo hermosas viñas: los Parisios poseen tambien el arte de conservar las higueras (63), envolviéndolas con paja de trigo como en un vestido, y empleando los demás medios que se usan para poner los árboles al abrigo de la intemperie de las estaciones.

«Sucedió que el invierno que pasé en Lutecia desplegó una violencia des acostumbrada, el rio acarrea pedazos de hielo que parecían losas de mármol. ¿Habeis visto las piedras de Frigia? pues como aquellas eran por su blancura los pedazos de hielo, toscos voluminosos empujándose los unos á los otros, hasta que aglomerándose formaban un puente (64). Mas duro conmigo mismo, y mas rústico que nunca no quise consentir que calentasen, con hornillos segun la costumbre del país, el aposento en que dormía.» (65).

Refiere Juliano que por fin permitió que encendiesen en su cámara carbon, cuyo vapor estuvo á punto asfixiarle.

Habia en Lutecia termas, construidas por el modelo de las de Diocleciano en Roma; créese que Juliano y Valentiniano I habitaron en ellas, y Amiano habla de ello con suma frecuencia. Es probable que dichas termas se hubiesen edificado antes de la llegada de Juliano á las Galias, quizás en tiempo de Constantino ó de Constancio Cloro. Otros han imaginado, muy inoportunamente, que Juliano ocupaba en las islas un palacio levantado en el terreno donde se construyó posteriormente al alcázar de los reyes de Francia. Véanse asimismo en Lutecia un Campo de Marte y anfiteatros que debían hallarse hácia el lado de la puerta de San Victor como resulta de algunos títulos del siglo xiii (66). La flota encargada de guardar el Sena estaba estacionada cerca de Paris, y verosimilmente tenia por fondeadero el espacio que cubre en el día la nave gótica de Nuestra Señora (67).

Mientras que Juliano habitaba la reducida y naciente Lutecia, Constancio visitaba la grande y moribunda Roma, que este emperador de los Romanos no habia visto nunca.

Existiria sin duda en Roma algun anciano á quien en su infancia habria contado su abuelo la entrada de un sa-

cerdote de Siria, Eliogábalo, saltando con la púrpura en medio de eunucos y de bailarinas, delante de una piedra triangular consagrada al Sol. Ahora venia con pompa triunfal por una victoria conseguida sobre los Romanos (68), una especie de ídolo cristiano, Constancio, rodeado á semejanza de aquel, de eunucos, pero inmóvil sobre un carro brillante con las piedras preciosas, con los ojos, fijos, sin moverse ni para escupir, ni para sonarse, ni para enjugarse la frente, y solo encogiéndose algunas veces su corta estatura para pasar por debajo de elevadas puertas (69). En torno suyo flotaban, á la punta de largas picas doradas, estandartes de púrpura, cortados en figura de dragones, cuyas afiladas colas silbaban á impulsos del viento, Cercábanlo guardias soberbiamente armados, y caballeros cubiertos de hierro que parecían, no hombres, sino estatuas bruñidas por la mano de Praxiteles (70). Cerca ya de Roma encontró Constancio á los patricios y al Senado, que no tomó como Cineas por una asamblea de reyes, sino por el consistorio del mundo (71); creyó al ver las oleadas de la multitud que todo el género humano habia acudido á Roma. (72).

Quando hubo penetrado en los Rostros, quedóse estupefacto al recordar al antiguo poder del Torum (73). Desde allí el monarca oriental fué á aparearse el antiguo palacio de Octavio, que no tenia ni mármoles ni columnas, y en el que el fundador del imperio, el amigo de Horacio, habitó cuarenta años el mismo aposento en invierno y en verano (74).

Amiano-Marcelino, de quien he copiado los anteriores detalles, nos describe en seguida dos cosas dignas de atención: una parte de los edificios de Roma cual existían en su tiempo, y la admiración que en Constancio despertó su vista. ¡Cuántos acontecimientos habian sobrevenido, y cuántos dias pasados para que el señor del imperio romano fuese un extranjero en la capital de aquel imperio! ¡Para que permaneciese mudo de admiración en medio de las obras de tantos ingenios, de tantas fortunas, de tantos siglos, de tanta libertad y esclavitud, cual si fuese un viajero que encontrase ahora á Roma entera en un desierto! Mas estos monumentos de las costumbres vivas de un pueblo carecen de existencia, y sus insensibles masas no pudieron á su vez maravillarse de la pequeñez de Constancio, á la manera que este se aturda de su grandeza.

Hay cierto trabajo de tiempo que da á las cosas humanas el principio de existencia que no tienen: los hombres espiran y nada son en sí mismo; pero sus vidas colocadas de cabo á cabo, y sus sepulcros ordenados en fila, forman una cadena cuya fuerza se aumenta en razon de su longitud, y de estas nada reunidas se compone la inmortalidad de los imperios. El nombre de Roma era el único poder que faltaba vencer á los Bárbaros, y Roma aunque habitada por una muchedumbre numerosa, no estaba defendida ya en realidad sino por los recuerdos de algunos muertos antiguos. Constancio visitó cuidadosamente aquella ciudad apoderándose de la autoridad que consentian aun dejarse transmitir á su púrpura. Arengó al Senado y al pueblo: ¿qué hubiera respondido Mario si hubiese sacado la cabeza de la tumba?

Al recorrer las siete colinas cubiertas de monumentos en sus faldas y cumbres, el emperador se figuraba á cada paso que el objeto que acababa de admirar era inferior al que veia (75): el templo de Júpiter Tarpeyo, los baños semejantes á ciudades de provincia, la masa del anfiteatro edificado con piedras tiburtinas y cuya altura era tanta que los ojos se fatigaban para medirla; la bóveda del panteon suspendida como el cielo; las columnas coronadas como las estatuas de los emperadores á las que se subia por gradas; la plaza y el templo de la Paz, el teatro de Pompeyo, el Odeon y el Estadio, adornos magníficos de la ciudad eterna (76). Pero en el foro de

Trajano, detúvose Constancio confundido, paseando sus miradas por aquellas construcciones gigantescas, cuya inefable belleza declara el historiador no poder describir (77).

El gran rey, el monarca legítimo de la Persia, el hermano mayor de aquel Sapor II tan funesto á Juliano y al imperio romano, Hormisdas se había refugiado á este imperio, y acompañaba á Constancio en su vista de Roma. Volviéndose el emperador, á su huésped, le dijo: «Si no puedo reproducir enteramente este foro, confió al menos en que podré hacer imitar el caballo de la estátua ecuestre del príncipe.—Puedes hacerlo, dijo Hormisdas, mas antes manda edificar una caballeriza semejante á esta, para que tu caballo esté con tanto desahogo como el que vemos (78).»

Habiendo interrogado á este mismo desterrado sobre lo que pensaba de Roma: «Lo que me agrada en ella, dijo, es que los hombres mueren allí como en otras partes (79).»

Hormisdas siguió á Juliano en su expedición contra los Persas, y se oyó apellidar traidor por un oficial de Sapor, de aquel Sapor que ocupaba contra todo derecho el trono de su hermano.

Hormisdas vió morir á Juliano, del mismo modo que había visto pasar por el imperio á Constantino y á Constancio, y dejó un hijo á quien Teodosio I encargó el mando de una tropa de gados en Egipto. El último sucesor del héroe macedonio que destruyó el antiguo imperio de Ciro, Perseo, destronado, murió ejerciendo el oficio de escribano entre sus vencedores; y el heredero del nuevo imperio de los Persas; restablecido sobre las ruinas del de Alejandro, fué á buscar un abrigo en los palacios vacilantes de los Césares. En vez de asistir á la historia de su propio país Hormisdas fue un testigo de los Partos enviado para asistir al inventario de los monumentos romanos, puestos á pública subasta de las naciones, y para certificar la verdad de la caída de Roma. Todavía no lo he dicho todo: Hormisdas, criado por los magos, era cristiano: así las cosas y los hombres se ven arastrados por el encadenamiento de los eternos decretos (80).

Constancio declaró que la fama, que acostumbraba hacer uso de la mentira, de la malignidad, y siempre de los colores exagerados, se había quedado muy inferior á la verdad (81) en lo que refería de Roma. Intentó imprimir en ella algunas huellas de su paso; pero conociendo su propia importancia, tomó del país de los sepulcros un adorno fúnebre para la reina moribunda del mundo: el obelisco de templo de Helíópolis, que Constantino había proyectado trasladar á Constantinopla, fue enviado del Nilo al Tiber, y levantado en Roma en el gran circo: despues Sixto V decoró con él la plaza de San Juan de Letran. Aun en el día puede verse en pie este monumento de un Faraon, de un emperador y de un papa, que sucumbieron igualmente (82).

Constancio, á quien faltaba segun Libanio el corazón de un príncipe y la cabeza de su capitán: aquel soberano que pasó su reinado en las tribulaciones de las discordias civiles, y de una guerra tenida contra Sapor, aumentó su embarazosa situación, tomando parte en las contiendas eclesiásticas. Su córte era arriana, y en los concilios de Seleucia y de Rimini abrazó personalmente el partido de los arrianos. A solicitud de Constante su hermano, había llamado al pronto á Atanasio de su primer destierro, y le conservó aun en su sede despues de la deposición pronunciada por el concilio arriano de Antioquia; pero le abandono en el tercer concilio de Milan. Hubo obispos desterrados, intrusos, católicos, arrianos, y semi-arrianos. Entonces se celebró el primer concilio de París ó de Lutecia (83), y se declaró católico bajo la protección de Juliano, que meditaba en el mismo si-

tio el restablecimiento del paganismo. San Hilario de Poitiers, desterrado en Oriente, halló los mismos desórdenes al volver á su Iglesia, y escribió así contra el emperador Constancio: «Saludais á los obispos con el beso con que fue vendido Jesucristo: bajais la cabeza para recibir su bendición, y hollais con los piés su fe.» Lucifer de Cagliari, mas osado aun, amenazó con la espada de Matathías y de Fines al infiel Constancio. San Martin, que aparecía entonces en la escena, sirvió primero como soldado en las tropas del apóstata, y dió nacimiento al primer monasterio de las Galias, llamado Lugugiacum ó Ligugé, distante dos leguas de Poitiers. Pacomio, Hilarion y Macario, habían sucedido á San Antonio y San Pablo, y San Basilio meditaba ya la regla que debía gobernar en el Oriente á un pueblo de solitarios.

La turbulencia y la ligereza de Constancio arruinaban el imperio con convocaciones de concilios y traslaciones de obispos en los carruajes y caballos de las postas imperiales (84). Sus profusiones aumentaban su codicia, pronunciaba sentencias injustas, y el tormento arrancaba á los reos mentiras que se tomaban por verdades (85). En vez de emplear su autoridad en extinguir las disputas religiosas, inflamábalas con su manía de argumentar, y con los ensueños místicos de las mujeres y de los eunucos.

Los papas Julio y Liberio se habían declarado sucesivamente en Roma en favor de San Atanasio, aunque Liberio se mostró primero débil, y San Hilario le anatematizó. Liberio perseguido se ocultó en los cementerios que rodean la ciudad, y habiéndole descubierto le condujeron á Milan, donde el emperador procedió al interrogatorio. Defendió á Atanasio, y respondió á Constancio que le acusaba de sostener él solo á un impio: «Aun cuando yo fuese solo, no sucumbiría la fe (86).» Desterrado á Berea en la Tracia, se negó á admirar el dinero que el emperador, la emperatriz y el eunuco Eusebio le ofrecían: «Has dejado desiertas las Iglesias del mundo, decia al postero, y ¡me ofreces una limosna como á un criminal (87)!» Félix, archidiacono de la Iglesia Romana, fue el anti-papa arriano.

Constancio permaneció en Roma en la época en que mas ardimiento manifestaban los partidos que sostenían á Félix y á Liberio. Las matronas romanas católicas se presentaron al emperador con la magnificencia acostumbrada de sus adornos, rogándole que restituyese al rebaño su pastor ausente, consintió el emperador en llamar á Liberio, con tal que gobernase la iglesia de acuerdo con Félix. Leyóse esta resolución en el circo al pueblo reunido, y las dos facciones paganas que se distinguían por sus colores. Dijeron zumbándose que cada una tendría, su pastor; mas la muchedumbre cristiana prorumpió en esta aclamación: ¡Un Dios! ¡Un Cristo! ¡Un obispo (88)! En otro tiempo la misma plebe gritaba: ¡A las fieras los cristianos!

En medio de aquella confusion, vuelto Constantino á Oriente (89), y envidioso de los triunfos de Juliano, intentó debilitarle la mayor parte de su ejército, bajo pretexto de continuar la guerra contra Sapor. Juliano dió prisa á sus tropas, ó fingió darla para que partiesen, y esta fue la primera escena grande y militar de que París fue testigo.

Sentado en un tribunal levantado en las puertas de Lutecia, Juliano invitó á los soldados á obedecer las órdenes del Augusto, y los soldados guardando triste silencio se retiraron á su campamento. Juliano acarició á los oficiales, y les manifestó el pesar que le causaba separarse de sus compañeros de armas sin poderlos recompensar dignamente. A media noche se sublevaron las legiones, saliendo en tumulto del banquete dado por despedida, cercaron el palacio, y desvainando las espadas á la luz de las antorchas, gritaron: ¡Juliano es Augusto (90)!

Había mandado este atrancar las puertas, y forzaron los soldados al despuntar el día; apoderáronse del César, y le llevaron á la manera de un despota asiático: (91) el collar militar de un astuario (92) le sirvió de diadema; porque rehusó ponerse para esto, (por ser de mal agüero) un collar de mujer (93) ó un adorno de caballo que le presentaban los soldados.

Para que nada de extraordinario faltase al advenimiento del restaurador de la idolatría, Juliano escribió al pueblo y al Senado atenienses (*Ad. s. p. q. Ath.*) la relación de lo que había pasado en Lutecia; envió cartas aclaratorias á Constancio, pidiéndole la confirmación del título de Augusto. Para encontrar otro ejemplo de un emperador proclamado en París, preciso es saltar de Juliano á Napoleon. Despues de inútiles negativas, Constancio desechó los ruegos de su rival, y le intimó que dejase la púrpura tratándole de ingrato; «Acuérdate que te protegí cuando eras huérfano — ¡Huérfano! dijo Juliano en su respuesta á Constancio: ¡el asesino de mi familia me hecha en cara el haber sido huérfano (94)!

Juliano reunió en Lutecia al pueblo y al ejército, les comunicó los mensajes que habían llegado de Oriente, y les preguntó si debía abdicar el título de Augusto. Levantóse extraordinaria gritería diciendo: «Sin Juliano Augusto, piérdese el poder para las provincias, los soldados y la república (95).»

El cuestor Leonás fue el encargado de llevar la respuesta pública á su amo, con una carta particular llena de cólera y del desprecio de Juliano.

Decidido á marchar á Oriente, partió Juliano con tres mil soldados, apenas le seguían otros treinta mil. Todo fué consternación: Tauro, prefecto de Italia, huyó; é igualmente emprendió la fuga Florencio, prefecto de Iliria; solo Nebridio, prefecto del Pretorio en Occidente, permaneció fiel á Constancio; perdió una mano de un sablazo, y Juliano rehusó estrechar la noble diestra que restaba á Nebridio (96).

El nuevo Augusto bajó al Danubio, costeano unas veces sus orillas y entregándose otras á su corriente; vino á parar á Sirmio, capital de la Iliria occidental; se apoderó del paso de Suques, entrada de la Tracia, é hizo alto separando á su ejército (97).

Entonces volvió los ojos á lo pasado y la espalda, al porvenir, y preparándose la triste gloria de haber sido el primer príncipe apóstata, abjuró públicamente el Cristianismo; declaró que confiaba su vida y sus causas á los dioses inmortales, mandó volver abrir las puertas de los templos con grande estruendo, y secó el agua del bautismo con la ceremonia del taurobólo una sola divinidad de las invocadas apareció por un instante entre el humo de los sacrificios de Juliano, la Victoria.

Los soldados que le acompañaban, blandiendo las espadas por encima de sus cabezas, ó volviendo la punta del acero contra sus pechos, habían jurado morir por su causa, no obstante que muchos eran cristianos; mas Juliano los había engañado. Antes de salir de las Galias había entrado el día de la Epifanía en la iglesia de Viena y orado en ella. Ammiano-Marcelino afirma que en aquel momento mismo profesaba en secreto el paganismo (98): ¡qué diría pues el perjuero en Viena al Dios de los cristianos?

Constancio * se preparaba á rechazar la invasión cuando murió en Mopsucrena de Cilicia, despues de haber sido bautizado por Euzoio, de la comunión arriana. El Senado de la nueva capital se puso de parte de la fortuna, y Juliano entró en su ciudad natal, á la que Constancio decia amaba como á su hermana, y que el Juliano adoraba como á una madre (99). Constantinopla cristiana recibió la idolatría, así como Roma pagana había recibido el Evangelio.

Una comisión establecida en Calcedonia juzgó á los

* JULIANO, EMPER. DAMASO, PAPA, J. C. 362—363.

ministros de Constancio: y Pablo, Apodemo y el eunuco Eusebio, fueron justamente castigados: otros sufrieron con injusticia la muerte y el destierro.

La córte experimentó una reforma total, y se despidió á miles de cocineros y barberos: uno de estos se presentó soberbiamente vestido para cortar los cabellos al sucesor de Constancio. «No he pedido un tesoro dijo Juliano, sino un barbero (100).» Los agentes, que ascendían á mas de diez mil, quedaron reducidos á diez y siete; y abolidos los curiosos y otras clases de espías.

Conviene ahora conocer mas interiormente al hombre que ha llegado á ocupar en la historia un lugar privilegiado, oponiendo su genio y su poder á la transformación social de donde han salido los pueblos modernos.

SEGUNDA PARTE.

DESDE JULIANO HASTA TEODOSIO I.

CUANDO Juliano fue desterrado á Atenas por Constancio, hallábanse en aquella ciudad San Basilio y San Gregorio Nacianceno; este último nos ha dejado un retrato del apóstata, en que se trasluce la enemistad del pintor. «Era de mediana estatura; tenía el cuello grueso y anchos los hombros, que levantaba y removía con frecuencia, así como la cabeza: su pisar no era muy firme, ni muy seguro el paso. Sus ojos eran vivos; pero sin fijeza y muy saltanes: su mirada era furiosa; la nariz desdeñosa é insolente; la boca grande; el labio inferior algo pendiente, y la barba erizada y puntiaguda; hacia gestos ridiculos y movimientos con la cabeza sin objeto: reía sin medida y á grandes carcajadas; deteníase al hablar y tomaba aliento; dirigía preguntas impertinentes, y daba respuestas contradictorias la una de la otra, y que carecían de firmeza y de método (1).»

Ammiano-Marcelino, que miraba á Juliano con buenos ojos, conserva sin embargo en el retrato de este príncipe algunos rasgos del de Gregorio Nazianceno (2); y el mismo Juliano en el Misopogon aparece atestiguar la malévolá exactitud del pincel cristiano.

«La naturaleza, á mi entender, no ha prodigado atractivos á mi rostro; y yo perezoso y extravagante, le añado mi larga barba en castigo de su aire desagradable. En esta barba dejo errar los insectos (3) como las bestias en el bosque. No puedo comer ni beber á mi antojo, porque temo comer imprudentemente mis pelos con el pan. Es para mí una felicidad el que no me cuide de dar, ni de recibir besos....

«Decís que pueden tejerse cuerdas con mi barba; consiento con todo mi corazón en que arranqueis los pelos: guardaos solo de que su aspereza no estropee vuestras manos suaves y delicadas.

«No vayais á creer que vuestras zumbas me desconsuelan, al contrario, me complacen, porque en fin, si mi barba es como la de un chibo, podría, afeitándola asemejarla á la de un lindo mozuelo, ó á la de una donzella, sobre quien la naturaleza ha derramado sus gracias y su hermosura. Pero vosotros, los que teneis una vida afeminada y costumbres pueriles, quereis parecer jóvenes hasta en la vejez, no es como yo, en las mejillas, sino en vuestra frente arrugada donde se da á conocer el hombre.

«No me hasta mi desmedida barba; llevo la cabeza desaliñada; rara vez corto el cabello; rara vez las uñas, y tengo los dedos ennegrecidos con la pluma.

«Queréis saber mis imperfecciones secretas? Mi pecho es horrible y velludo como el del Leon, rey de los animales. Nunca he querido afeitármelo: ¡tan toscos y despreciables son mis hábitos! Nunca he aseado